

testé, á juzgar por la posición de las luces, y por el aire balsámico que nos llega y que revela que allí hay pequeños jardines.

— Sí, señor; los hay muy bonitos. Como el clima es muy frío y el terreno bastante ingrato, los habitantes se limitaban, ántes de que yo llegara aquí, á cultivar algunos pobres árboles que no les servían mas que para darles sombra: unas cuantas y tristes flores nacían enfermizas en los cercados, y en vano se hubiera buscado en las casas la mas comun hortaliza para una ensalada ó para un puchero. Los alimentos se reducían á tortillas de maíz, frijol, carne y queso; lo bastante para no morir de hambre, y aun para vivir con salud; pero no para hacer más agradable la vida con algunas comodidades tan útiles como inocentes.

Yo les insinué algunas mejoras en el

cultivo; hice traer semillas y plantas propias para el clima, y como los vecinos son laboriosísimos, ellos hicieron lo demas. Jamas un hombre fué mejor comprendido que lo fuí yo; y era de verse, el primer año, cómo hombres, mujeres, ancianos y niños, á porfia, cambiaban el aspecto de sus casas, ensanchaban sus corrales, plantaban árboles en sus huertos, y aprovechaban hasta los mas humildes rincones de tierra vegetal para sembrar allí las mas hermosas flores y las mas raras hortalizas.

Un año despues, el pueblecito, ántes árido y triste, presentaba un aspecto risueño. Hubiérase dicho que se tenia á la vista una de esas alegres aldeas de la Saboya ó de mis queridos Pirineos, con sus cabañas de paja ó con sus techos rojos de teja, sus ventanas azules y sus paredes adornadas con cortinas de trepadoras, sus

patios llenos de árboles frutales, sus calles sinuosas, pero aseadas, sus granjas, sus queseras y su gracioso molino. Su iglesia pobre y linda, si bien está escasa de adornos de piedra y de altivos pórticos, tiene en cambio en su pequeño atrio, esbeltos y coposos árboles; las mas bellas parietarias enguirnaldan su humilde campanario con sus flores azules y blancas; su techo de paja presenta con su color oscuro, salpicado por el musgo, una vista agradable; la cerca del atrio es un rústico enverjado formado por los vecinos con troncos de encina, en los que se ostentan familias enteras de orquideas, que hubieran regocijado al buen baron de Humboldt y al modesto y sabio Bompland; y el suelo ostenta una rica alfombra de caléndulas silvestres, que fueron á buscarse entre las mas preciosas de la montaña. En fin, señor, la vegetacion, esa incomparable arquitectura de Dios, se

ha encargado de embellecer esa casa de oracion, en la que el alma debe encontrar por todas partes motivos de agradecimiento y de admiracion hácia el Creador.

De este modo, el trabajo lo ha cambiado todo en el pueblo; y sin la guerra, que ha hecho sentir hasta estos desiertos su devastadora influencia, ya mis pobres feligreses, menos escasos de recursos, habrian mejorado completamente de situacion; sus cosechas les habrian producido mas, sus ganados, notablemente superiores á los demas del rumbo, habrian tenido más valor en los mercados, y la recompensa habria hecho nacer el estímulo en toda la comarca, todavía demasiado pobre.

Pero ¿qué quiere vd? Los trigos que comienzan á cultivarse en nuestro pequeño valle, necesitan un mercado próximo para progresar, pues hasta ahora la cosecha que

se ha levantado, solo ha servido para él alimento de los vecinos.

Yo estoy contento, sin embargo, con este progreso, y la primera vez que comí un pan de trigo y maíz, como en mi tierra natal, lloré de placer, no solo porque eso me traía á la memoria los tiernos recuerdos de la patria, sino porque comprendí que con este pan, más sano que la tortilla, la condicion física de estos pueblos iba á mejorar tambien: ¿no opina usted lo mismo?

— Seguramente: yo creo, como todo el que tiene buen sentido, que la buena y sana alimentacion es ya un elemento de progreso.

— Pues bien, continuó el cura; yo, con el objeto de establecer aquí esa importantísima mejora, he procurado que hubiese un pequeño molino, suficiente, por lo pronto, para las necesidades del pueblo.

Uno de los vecinos más acomodados tomó por su cuenta realizar mi idea. El molino se hizo, y mis feligreses comen hoy pan de trigo y de maíz. De esta manera he logrado abolir para siempre esa horrible tortura que se imponian las pobres mujeres, moliendo el maíz en la piedra que se llama *metate*; tortura que las fatiga durante la mayor parte del dia, robándoles muchas horas que podian consagrar á otros trabajos, y ocasionándoles muchas veces enfermedades dolorosas, aparte de la incomodidad que sufren cuando se hallan en cinta ó criando á sus niños.

Al principio he encontrado resistencias, provenientes de la costumbre inveterada, y aun del amor propio de las mujeres, que no querian aparecer como perezosas, pues aquí, como en todo los pueblos pobres de México, y particularmente los indígenas, una de las grandes recomendaciones de

una doncella que va á casarse, es la de que *sepa moler*, y esta será tanto mayor, cuanto mayor sea la cantidad de maíz que la infeliz reduzca á tortillas. Así se dice: *Fulana es muy mujercita, pues muele un almud ó dos almudes, sin levantarse*. Ya usted supondrá que las pobres jóvenes, por obtener semejante elogio, se esfuerzan en tamaña tarea, que llevan á cabo sin duda alguna, merced al vigor de su edad, pero que no hay organizacion que resista á semejante trabajo, y sobre todo, á la penosa posicion en que se ejecuta. La cabeza, el pulmon, el estómago, se resienten de esa inclinacion constante de la *molendera*, el cuerpo se deforma y hay otras mil consecuencias que el menos perspicaz conoce. Así es que mi molino ha sido el redentor de estas infelices vecinas, y ellas lo bendicen cada dia, al verse hoy libres de su antiguo sacrificio, cuyos funestos re-

sultados comprenden hasta ahora, al observar el estado de su salud, y al aprovechar el tiempo en otros trabajos.

Como el cultivo del trigo, se ha introducido el de otros cereales no menos útiles y con igual prontitud. He traído tambien *pacholes* de algunas *leguminosas* que he encontrado en la montaña, y con las cuales la benéfica naturaleza nos habia favorecido, sin que estos habitantes hubiesen pensado en aprovecharlas.

En cuanto á árboles frutales, ya los verá vd. mañana. Tenemos manzanas, perales, cerezos, albaricoqueros, castaños, nogales y almendros, y eso en casi todas las casas: algunos vecinos han plantado pequeños viñedos, y yo estoy ensayando ahora una plantacion de moreras y de madroños, para saber si podrá establecerse el cultivo de los gusanos de seda. En fin, se ha hecho lo posible; y no contento yo con realizar

mis propias ideas, pregunto á las personas sensatas, y escucho sus opiniones con gusto y respeto. Usted se servirá darme la suya despues de visitar mi pueblo.

— Con mucho gusto, señor, á pesar de mi ignorancia suma. Mi buen sentido y mi experiencia por mis viajes son lo único que puede permitirme hacer á usted algunas indicaciones. ¿Y en cuanto á ganados?

— Estos montañeses los poseian en pequeña cantidad, y en su mayor parte vacuno. Ahora se consagran con más empeño al ganado menor. Se han traído algunos merinos; se han propagado fácilmente, y ya existen rebaños bastante numerosos, que se aumentan cada dia en razon de que no se consumen para el alimento diario.

— ¿No gusta aquí esa carne?

— Poco: diré á vd. francamente, soy

yo quien no gusta de comer carne; y como mis pobres feligreses se han acostumbrado por simpatía á amoldarse á mis gustos, ellos tambien van quitándose la costumbre, sin que por eso les diga yo sobre ello una sola palabra. Por eso verá usted tambien en el pueblo, relativamente, pocas aves de corral. Pongo yo poco empeño en la propagacion de esas desgraciadas victimas del apetito humano. En general, yo prefiero la agricultura, y solo cuido con esmero á los animales que ayudan al hombre en los rudos y santos trabajos del campo. Así, los bueyes que hay en el pueblo son quizás los más robustos y los mejores del rumbo, porque son tambien los mejor cuidados. Los mulos y los caballos son ligeros y robustos, como conviene á un país montañoso; aunque á decir verdad, hay más de los primeros que de los segundos, porque sirven aquellos para cargar las

mieses que se conducen por nuestros escabrosos caminos; pero estos no son útiles mas que para algunos enfermos como yo, ó para las mujeres, pues los habitantes prefieren andar á pié, en lo cual hacen muy bien.

— Señor cura, le dije, estoy muy contento de oír á vd., y me parece admirable la rapidez con que vd. ha cambiado la faz de estos pobres lugares.

— La religion, señor capitan, la religion me ha servido de mucho para hacer todo esto. Sin mi carácter religioso quizás no habria yo sido escuchado ni comprendido. Verdad es que yo no he propuesto todas esas reformas en nombre de Dios, ni fingiéndome inspirado por él: mi dignidad se opone á esta superchería; pero evidentemente mi carácter de sacerdote y de cura, daba una autoridad á mis palabras, que los montañeses no habrian encontrado en la boca de una persona de otra clase.

Ademas, ellos han tenido ocasion todos los dias de conocer la sinceridad de mis consejos, y esto me ha servido muchísimo para lograr mi principal objeto, que es el de formar su carácter moral; porque yo no pierdo de vista que soy, ante todo, el misionero evangélico. Solo que yo comprendo así mi cristiana mision: Debo procurar el bien de mis semejantes por todos los medios honrados; á ese fin debo invocar la religion de Jesus como causa, para tener la civilizacion y la virtud como resultado preciso: el Evangelio no solo es la Buena-Nueva bajo el sentido de la conciencia religiosa y moral, sino tambien desde el punto de vista del bienestar social. La bella y santa idea de la Fraternidad humana en todas sus aplicaciones, debe encontrar en el misionero evangélico su más entusiasta propagandista; y así es como este apóstol logrará llevar á los altares de un Dios de paz á

un pueblo dócil, regenerado por el trabajo y por la virtud, al campo y al taller, á un pueblo inspirado por la idea religiosa que le ha impuesto, como una ley santa, la ley del trabajo y de la hermandad.

— Señor cura, volví á decir entusiasmado, ¡usted es un demócrata verdadero!

El cura me miró sonriendo á la luz de la primera fogata que los alegres vecinos habian encendido á la entrada del pueblo y que atizaban á la sazón tres chicuelos.

— Demócrata ó discípulo de Jesus, ¿no es acaso la misma cosa?..... me contestó.

— ¡Oh! tiene usted razon, tiene usted razon; pero no es así como se piensa allá en otras partes. ¡Dios mio! ¡qué bendita Navidad esta que me ha hecho encontrar lo que me habia parecido un sueño de mi juventud entusiasta!

VIII

Pero los chicos, luego que vieron al cura, vinieron á saludarlo alegremente, y luego corrieron al centro del pueblecillo gritando:

— ¡El hermano cura! ¡el hermano cura!

— ¡El hermano cura! repetí yo con extrañeza; ¡qué raro! ¿Es así como llaman aquí á su párroco?

— No, señor, me respondió el sacerdote, antes le llamaban aquí, como en todas partes, el *señor cura*; pero á mí me desagrada esa fórmula, demasiado altisonante, y he rogado á todos que me llamen

el *hermano cura* : esto me da mayor placer.

— Es usted completo. ¡Y yo que he venido llamando á usted el señor cura!

— Pues bien : está vd. perdonado, con tal de que siga llamándome su amigo nada más.

Yo apreté la mano de aquel hombre honrado y humilde, y me aparté un poco para dejar á la gente que habia acudido á su encuentro, saludarlo á todo su sabor. De paso noté que esta gente no mostraba en su respeto hácia el cura esa bajeza servil, que una costumbre idólatra ha establecido en casi todos los pueblos. Los ancianos le abrazaban (pues se habia bajado del caballo) con ternura paternal, y él era quien los saludaba con veneracion; los hombres le hablaban como á un hermano, y los chicos como á un maestro. En todos se notaba una afectuosa y sincera familiaridad.

Al llegar á su casita, que estaba, como es costumbre, junto á la pequeña iglesia parroquial, y en lo que podia llamarse plaza el cura, enseñándome una bella casa grande, la más bella quizás del pueblo, me dijo :

— ¡ Ahí tiene vd. nuestra escuela !

Y como yo me mostrara un poco admirado de verla tan bonita y aseada, revelando luego que era el edificio predilecto de los vecinos, observé en éstos, al felicitarlos, un sentimiento de justísimo orgullo. El más viejo de los que estaban cerca, me dijo :

— Señor, es *él* quien merece la enhorabuena; por *él* la tenemos, y por *él* saben leer nuestros hijos. Cuando nosotros la levantamos, aconsejados por él, y la concluimos, al verla tan nueva y tan linda, le propusimos que se fuera á vivir en ella, porque le debemos muchos beneficios, y